

# BASTETANOS Y BÁSTULO-PÚNICOS. SOBRE LA COMPLEJIDAD ÉTNICA DEL SURESTE DE IBERIA

Eduardo Ferrer Albelda  
*Departamento de Prehistoria y Arqueología*  
*Universidad de Sevilla\**  
Eduardo Prados Pérez\*\*

## RESUMEN

Contribuimos al homenaje al Dr. Emeterio Cuadrado con una reflexión sobre la complejidad étnica del sureste de la península Ibérica. Analizamos los datos literarios grecolatinos y el registro arqueológico y proponemos una división territorial y cultural entre bastetanos y bástulo-púnicos, haciendo hincapié en los mecanismos de interacción entre ambas comunidades.

**Palabras clave:** Basteranos, bástulo-púnicos, interacción, sureste, península Ibérica.

## ABSTRACT

We contribute to the homage to Dr. Emeterio Cuadrado with a reflection about the ethnic complexity of the Southeast of the Iberian peninsula. We analyse the data literary classical and the archaeological report; and we propose a territorial and cultural division among *bastetani* and *bastuli-poeni*, pointing out the interaction mechanisms between both communities.

**Key words:** *Bastetani*, *bastuli* named *poeni*, interaction, south-est, Iberian peninsula

\* Facultad de Geografía e Historia, calle María de Padilla, s/n, 41004 Sevilla; e-mail: eferrer@us.es

\*\* Calle Gravina 86, 2º B, 41001 Sevilla; e-mail: tomprados@hotmail.com

## I. INTRODUCCIÓN: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA\*

El cuadrante sureste de la península ibérica es una región que presenta una gran complejidad étnica, quizás la mayor de todas las áreas geográficas de la Iberia prerromana. Somos conscientes de tal complejidad gracias a las noticias transmitidas por la literatura grecolatina, que proporciona un número no despreciable de etnónimos, pues de otra manera, y mediante el único recurso a los datos arqueológicos, dicha complejidad quedaría reducida a una división tripartita del territorio, es decir, a las “áreas culturales” ibérica, turdetana (Escacena, 1992) y fenicio-púnica (Ferrer, 1998).

La existencia de estos etnónimos, lejos de facilitar la investigación, ha acarreado no pocos problemas de interpretación al pretender ubicar éstos en el mapa e identificarlos con “culturas arqueológicas”. Son varios los ensayos recientes sobre el particular (Iniesta, 1989; Pastor y otros, 1992; Ruiz y Molinos, 1992; Chapa y otros, 1994; Lacalle 1996), cuyas profundas divergencias en sus conclusiones nos parecen estar indicando que el problema interpretativo es ante todo metodológico, derivado del análisis de las dos fuentes de conocimiento de la que disponemos: los testimonios escritos griegos y latinos y el registro arqueológico.

Los datos literarios clásicos referidos a esta época y a esta región son pocos y fragmentarios, una consecuencia más del proceso de desaparición y de conservación, más o menos aleatorio, de las obras literarias de la Antigüedad, y también del lugar ocupado por el Extremo Occidente en el interés y curiosidad de los escritores clásicos, muy limitado hasta la inclusión definitiva de la Península Ibérica en el “mundo conocido” (descrito, medido, controlado) durante el período helenístico y, sobre todo, tras la conquista romana (Cruz Andreotti, 1995; Ferrer, 1996b; Ciprés y Cruz Andreotti, 1997; Ferrer y García, 2002).

El problema metodológico al que nos hemos referido reside en la actitud del historiador ante los textos. Si, como habitualmente hacemos, el fragmento es descontextualizado, desconectado de su género literario, de su autor, de las fuentes utilizadas por éste, de su momen-

to histórico, y amalgamado con otros que a su vez han sufrido el mismo tratamiento, tal actitud nunca puede ofrecer resultados satisfactorios. Consecuentemente, los mapas del sureste de Iberia hasta ahora configurados (figs. 1-3) presentan profundas contradicciones y anomalías ya que, en líneas generales, carecen de una visión diacrónica de la distribución étnica y pretenden extraer conclusiones demasiado aventuradas en las dimensiones espaciales y temporales de los fenómenos étnicos. Es un aspecto que trataremos con más detenimiento *infra*.

Por otro lado, el registro arqueológico presenta una complejidad no menor y también serios problemas metodológicos. A la dificultad que supone la interpretación de un registro arqueológico abundante pero desequilibrado -mayor peso de la documentación funeraria y escaso de los hábitats-, hay que sumar la pretensión de identificar los grupos étnicos mencionados en la literatura con determinadas “culturas arqueológicas”, buscando aquellos *items* de la cultura material que son representativos e inequívocos de una determinada etnia, y definiendo ésta a partir de aquéllos. Intentos no han faltado; M. Almagro-Gorbea (1982) delimitó el área cultural bastetana a partir de la distribución en el territorio de tumbas de cámara y cajas funerarias de piedra, y recientemente se ha propuesto a las esculturas de leones como indicadores capaces de configurar el mapa de los pueblos prerromanos del sur de Iberia (Lacalle, 1996).

Estamos, pues, ante una problemática tricéfala: la lectura exegética de los datos literarios, la interpretación de los datos arqueológicos y, por último, la contrastación de ambas fuentes de conocimiento. El objetivo principal de este estudio es reconstruir el mapa paleoetnológico del sureste de Iberia, aunque somos conscientes de que esta pretensión tiene unos límites muy definidos impuestos por ambas fuentes de información, de tal modo que sólo el análisis crítico de cada una de ellas según sus respectivos métodos puede ordenar y hacer comprensible un panorama muy confuso.

## II. LA DOCUMENTACIÓN LITERARIA: MASTIENOS, BASTETANOS, BÁSTULOS

Pretender conocer la composición étnica y la delimitación espacial de los pueblos prerromanos (en el sentido más literal del término, es decir, ante-

\* Este trabajo se inserta dentro del proyecto “La formación de la Bética Romana”, grupo de investigación De la Turdetania a la Bética (HUM-152).

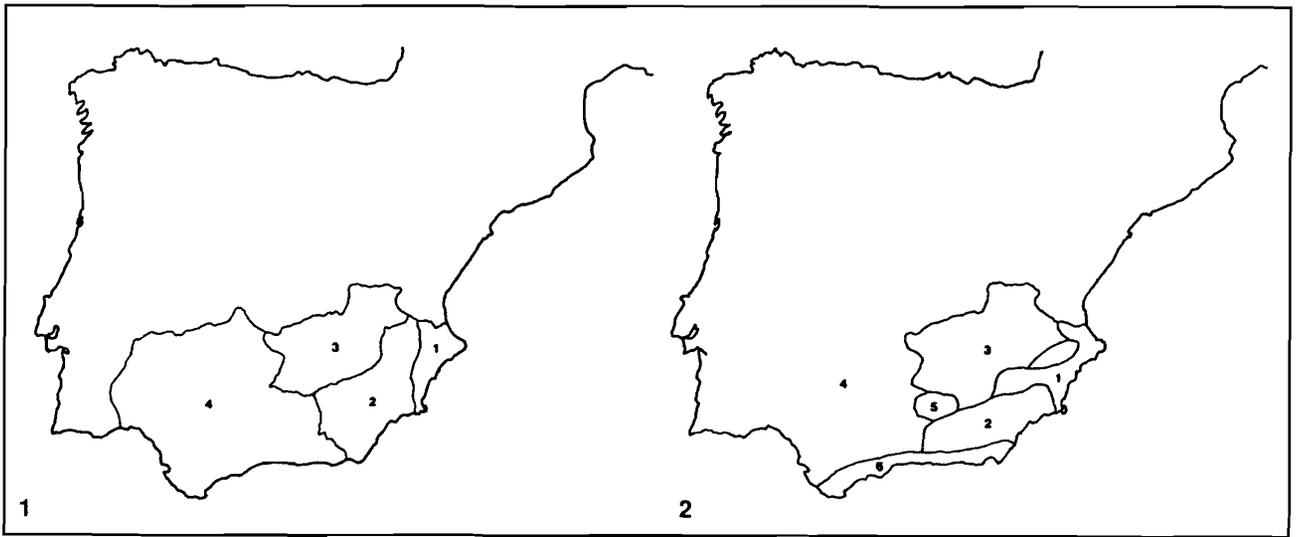


Figura 1. Localización de las *ethne* del sur peninsular según Domínguez Monedero (arriba) e Iniesta (abajo) (según Chapa *et alii*, 1994). 1: Contestanos; 2: Bastetanos; 3: Oretanos; 4: Turdetanos; 5: Mentasanos; 6: Libiofenicios o bástulos.

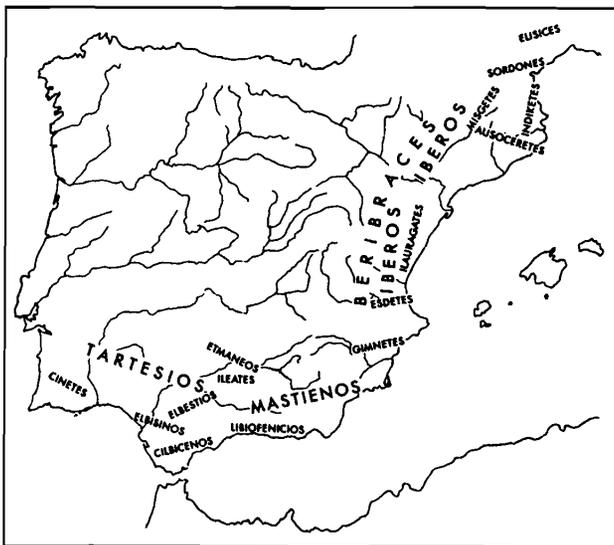


Figura 2. “Pueblos” ibéricos según las fuentes literarias de los siglos VI y V a.C. (según Ruiz y Molinos, 1992, p. 241, fig. 84).

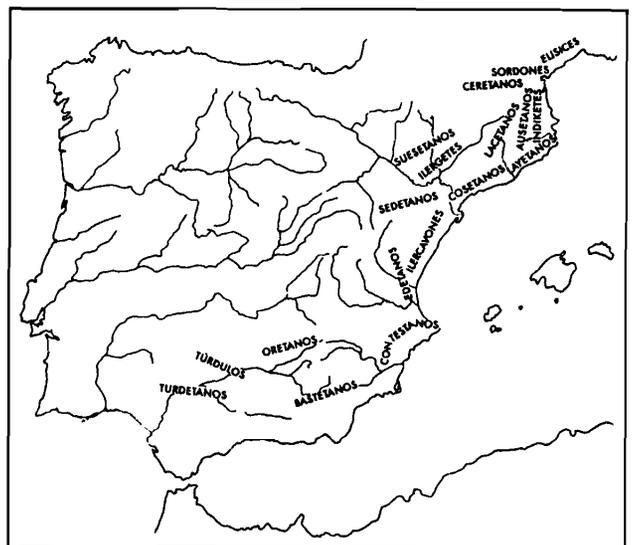


Figura 3. “Pueblos” ibéricos según referencias de las fuentes literarias escritas en el siglo III a.C. (según Ruiz y Molinos, 1992, p. 248, fig. 85).

riores a la conquista romana) del sureste con la documentación literaria como única fuente de información es una tarea abocada al fracaso por una sencilla razón: el conocimiento geográfico y étnico que los griegos tenían de Iberia hasta la conquista romana era exclusivamente litoral, salvo contadas excepciones, de manera que desconocemos los etnónimos de las comunidades del interior. La literatura periegética y periplográfica, géneros literarios que se ocupan de describir las costas y los pueblos que la

habitan, proporcionaba siempre descripciones costeras como correspondía a su origen (González Ponce, 1995, p. 46).

Por tanto, sólo conocemos las visiones etnográficas grecolatinas del interior cuando ya son posteriores a la conquista romana o, en algún caso (por ejemplo, Polibio y aquellos autores que lo utilizan como fuente), coetáneas a la segunda Guerra Púnica. Hay que ser conscientes de esta evidencia cuando pretendamos trasladar un mapa descrito por Estrabón y sus fuentes, de fines del

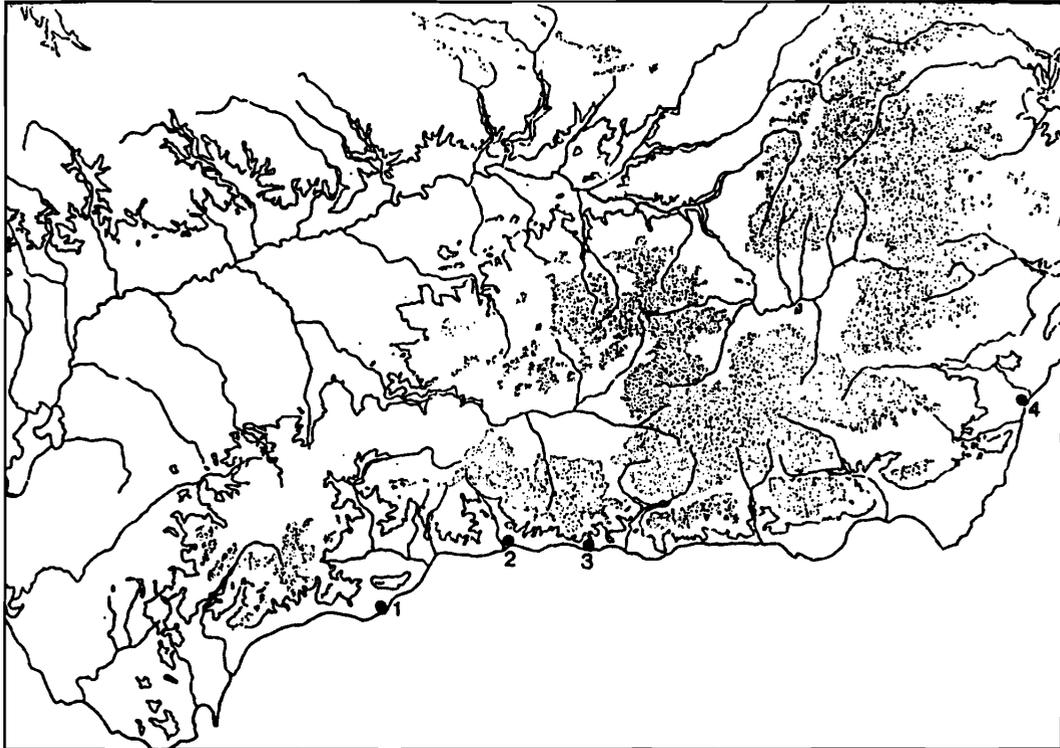


Figura 4. *Polis mastienas* según Hecateo de Mileto (hacia 500 a.C.). 1: *Sualis*; 2: *Mainobora*; 3: *Sixo*; 4: *¿Molybdana?*



Figura 5. *Oppida bastulos* según Plinio. 1: *Baesippo*; 2: *Baelo*; 3: *¿Mellaria?*; 4: *Carteia*; 5: *Barbesula*; 6: *Salduba*; 7: *Suel*; 8: *Malaca*; 9: *Maenuba*; 10: *Sexi*; 11: *Selambina*; 12: *Abdera*; 13: *Murgi*; 14: *Urci*; 15: *Baria*.

siglo II o principios del I a.C., a los siglos precedentes, pues no debemos olvidar que una de las características de estas *ethne*, la mayoría de ellas en un estadio sociopolítico pre-estatal, es su movilidad en el territorio y la inestabilidad de sus fronteras. En este sentido, el factor diacrónico debe ser muy tenido en cuenta.

Establecidas estas premisas, podemos dejar sentado con toda garantía que, desde las primeras noticias de carácter etnográfico hasta la segunda Guerra Púnica, los autores griegos sitúan a los mastienos en la costa sur y sureste de Iberia. La primera visión geopolítica y étnica de las costas de Iberia conservada es la proporcionada por la *Periodos Gês* de Hecateo de Mileto, de fines del siglo VI a.C., preservada fragmentariamente en la obra del lexicógrafo Esteban de Bizancio (Ferrer 1996b, p. 118). Se puede considerar su obra como la conclusión de la actividad colonizadora de los griegos en el Mediterráneo y un primer intento de organización política y etnográfica del Extremo Occidente (Ciprés y Andreotti, 1997). Enumera las *ethne* que pueblan las costas atlántica y mediterránea del sur y este de Iberia en sentido oeste-este: tartesios, elbestios, mastienos e iberos. Asimismo, menciona tres *polèis* tartesias y cuatro mastienas: *Sualis*, *Mainobora*, *Sixo* y *Molybdana* (Jacoby, 1968; Ferrer, 1996b, p. 118).

Ésta es la descripción geopolítica y étnica que se mantendrá siglos después, hasta la conquista romana, según los datos fragmentarios aportados por Herodoro de Heraclea y Teopompo y, posteriormente, por Polibio y Avieno<sup>1</sup> (Alemany 1909; García Moreno, 1993). Los mastienos se han equiparado habitualmente a los pobladores indígenas del litoral sur y sureste de Iberia durante el Bronce Final y el período orientalizante (por ejemplo Iniesta, 1989, p. 1131), a pesar de que las pri-

meras noticias sobre ellos (hacia el 500 a.C.) son casi tres siglos posteriores a las primeras fundaciones fenicias, y cuando todas las *polèis* citadas como mastienas se identifican con colonias semitas (fig. 4)<sup>2</sup>.

A pesar de esta evidencia, los mastienos jamás se han relacionado con los descendientes de los colonos o con la población mestiza fruto del proceso colonizador (Ferrer, 1996a y 1998), quizás para evitar la redundancia que provoca el pasaje de Avieno en el que se localizan a los mastienos junto a tartesios, cilbicenos y libifénices a orillas del río Criso (*O.M.* 419-424). Como los libiofenicios son considerados fenicios o colonos cartagineses repobladores de las antiguas colonias fenicias (Ferrer, 2000, p. 425-426), los mastienos no podían constituir comunidades de origen semita o semitizadas.

Este problema interpretativo no hubiera trascendido si la obra de Avieno se hubiera analizado en su contexto histórico y literario, y no como un periplo massaliota del siglo VI a.C. (González Ponce, 1995). La inclusión de los libiofenicios es sin duda una incorporación muy tardía, ajena a la visión geopolítica y étnica de Hecateo que aparece en parte reflejada en estos versos, y probablemente proceda de la *Orbis Descriptio* del Pseudoescimno (Ferrer, 2000, p. 428). Tampoco debemos olvidar que el etnónimo "mastienos" procede de la ciudad epónima *Mastia*, *polis* que quizás dio nombre al resto de las demás *polèis* por su liderazgo<sup>3</sup>.

En las descripciones etnográficas posteriores a la conquista romana, cuando Iberia se convierte en Hispania y

1 Herodoro (en Constantino Porphirogeneta, *De administrando imperio* 23; *FGrHist* 2a) repite medio siglo después una descripción costera similar a la de Hecateo; y Teopompo (*FGrHist* 224) menciona una ciudad, *Massia*, especificando su situación geográfica distinta de los tartesios (Alemany, 1909: 476; Gil, 1986, p. 378-380; Ferrer, 1996b). Polibio, refiriéndose al segundo tratado firmado entre Cartago y Roma (h. 348 a.C.), fija los límites en *Mastia* y en *Tarseyo*, más allá de los cuales los romanos no pueden comerciar, ni coger botín, ni fundar ciudades (III, 24). Posteriormente, en el contexto de la segunda Guerra Púnica y de los traslados de tropas entre Iberia y el norte de África, cita a mastios y tersitas (III, 33, 8-10). Por su parte, Avieno recupera en plena Antigüedad Tardía una visión etnográfica que se remontaría en sus orígenes a Hecateo, pero con las anomalías –la aparición de libiofenicios– comprensibles por las características compositivas de *Ora Maritima* (González Ponce, 1995; Ferrer, 1996b y 2000).

2 *Sualis* se transmitirá como *Suel* en Plinio (*N.H.* III, 8), Mela (II, 94), Ptolomeo (II, 4, 7), Itinerario de Antonio (405, 8) y Anónimo de Ravena (305, 7 y 344, 1) y se identifica con la actual Fuengirola (Rodríguez Oliva, 1981); *Mainobora* es mencionada en otras ocasiones como *Mainoba* (en Estrabón, III, 2, 5), *Maenuba* (en Plinio, *N.H.* III, 8), *Maenoba* (en Mela, II, 94) y *Manoba* (en Ptolomeo II, 4, 7), y se localiza en Cerro del Mar, Vélez-Málaga; *Sixo* mantiene su topónimo con las variantes *Sexi*, *Sex* o *Ex*, la actual Almuñécar; y, la más oriental de las *polèis*, *Molybdana* (*Molibdine* en Herodiano), que significa plomo en griego, ha sido identificada con *Baria* o con otro centro minero del Sureste (García Moreno, 1989; Iniesta, 1989).

3 De esta importancia da fe su mención en el segundo tratado entre Cartago y Roma (h. 348 a.C.), donde *Mastia* aparece como límite geopolítico. Otras cuestiones tópicas en la que no entraremos son la más que dudosa pertenencia étnica de la ciudad a los tartesios (Gil, 1986), y su problemática localización, una vez descartada Cartagena, en el entorno de las Columnas de Heracles (García Moreno, 1993; Ferrer y Bandera, 1997). Recientemente P. Moret (2002) sitúa esta ciudad en suelo norteafricano.

los autores grecolatinos proporcionan visiones autópticas de los territorios y sus habitantes, el etnónimo mastieno desaparece y es sustituido por otros como bastetanos y bástulos (García Moreno, 1993). En las fuentes consultadas por Estrabón, los habitantes de la costa atlántica andaluza y del entorno de la Columna de Heracles se denominan ahora bastetanos o bástulos, de hecho *Carteia* es un importante puerto bastetano (III, 1, 7; III, 2, 1). Asimismo, la costa entre *Calpe* y *Cartago Nova* está poblada por bastetanos también conocidos como bástulos (III, 4, 1). Autores posteriores coinciden en situar a los bástulos en el litoral andaluz, como hacen Plinio (*N.H.*, III, 8 y III 19), Mela (II, 96) y Ptolomeo (II, 4, 6), que los denomina “bástulos llamados púnicos”, una expresión parecida a las utilizadas por Apiano (*Iber.*, 56), cuando menciona a los blastofenicios, y por Marciano de Heraclea (II, 9) al referirse a los bástulo-poenos. A su vez Agripa (en Plinio, *N.H.*, III, 8) estimó que la costa mediterránea fue en origen de los púnicos, por lo que la identidad entre bástulos y púnicos debe quedar fuera de toda duda (fig. 5).

No obstante, Estrabón (III, 4, 12 y III, 4, 14) introdujo un problema interpretativo pocas veces advertido al definir a un mismo *ethnos* con dos nombres diferentes: bastetanos y bástulos, y al distinguirlos territorialmente de otros bastetanos que habitaban la Orosépida, en las sierras penibéticas. Parece evidente que los bastetanos del interior reciben su etnónimo del *oppidum* epónimo *Basti* (Baza, Granada), y que comparten la misma raíz (*\*Bast-*) con los bastetanos/bástulos de la costa.

Este proceso de transformación de los etnónimos lo ha explicado convincentemente García Moreno (1993) y es similar al producido con otros etnónimos sudibéricos: tartesios, turdetanos y túrdulos (García Moreno, 1989; Villar, 1995). Siguiendo su argumentación, Mastia y su gentilicio helénico, mastienos (*mastianoí*), pudieron ser la transcripción griega de una fuente púnica que describiría la realidad del sur de Iberia. Estas denominaciones dejaron de ser usadas “tanto en los autores griegos como latinos tan pronto como unos y otros tuvieron acceso directo a tales realidades indígenas por medio de la presencia militar romana, sin tener que pasar por intermediarios fenoparlantes” (García Moreno, 1993, p. 206-207). Los nuevos gentilicios empleados presentan “una formulación latina indudable a partir de un radical *\*Bast-* y mediante sufijos muy productivos en latín para tales fines” [-*etani*, -*uli*] (*ibidem*).

Asimismo, se pregunta este mismo autor si la existencia de estos otros bastetanos pudiera deberse a la expansión

de los mastienos del Estrecho y de la costa punicizada en busca de los veneros metalíferos del Alto Guadalquivir (*Ibid.*, 210). Y esta pregunta será el punto de partida del análisis del arqueológico.

### III. LA DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA: IBEROS Y FENICIO-PÚNICOS

El registro arqueológico define mejor las diferencias étnicas entre bástulo-púnicos y bastetanos del interior, pero también la interacción entre ambas comunidades. No creemos necesario insistir en lo que supuso desde el punto de vista étnico el proceso colonizador fenicio de los siglos VIII y VII a.C. en el litoral sudibérico (por ejemplo, Aubet, 1994; Martín Ruiz, 1995 o Aubet, 1997), en el sentido de que hubo asentamientos de colonos en núcleos urbanos y factorías, y de que, aunque mal conocido, debió ser un fenómeno habitual el mestizaje entre orientales e indígenas, conformándose comunidades con rasgos culturales y materiales semíticos (lengua, escritura, religión, sistema político) no compartidos por otras poblaciones del entorno, como bastetanos del interior y oretanos (Ferrer, 1998).

En su proceso evolutivo, a lo largo del siglo VI a.C., estas poblaciones dejaron de ser colonias; sus lazos con la metrópoli se debilitaron hasta desaparecer, y fueron conformándose unas comunidades (Arteaga, 1990; 1994; 2001) *-polèis* a los ojos de un jonio del 500 a.C., las más orientales de las cuales fueron denominadas “mastienas”, evidenciando probablemente el liderazgo ejercido por *Mastia* sobre las demás. El territorio ocupado por cada una de estas comunidades y por los bástulo-púnicos en general es impreciso en sus fronteras y difícil de delimitar, pues la mayoría de las descripciones son posteriores a la dominación romana, y se limitan a situarlos en la costa mediterránea y atlántica de Andalucía y a enumerar *oppida* y puertos bástulos<sup>4</sup>.

La posibilidad de delimitar una “frontera étnica” en el área mediterránea es relativamente fácil por la existencia de una barrera montañosa que separa el litoral del

4 Plinio (*N.H.*, III, 8) solo menciona en la costa atlántica, habitada por bástulos y túrdulos, *Onoba*; después se refiere a *Gades*, *Baesippo*, *Baelo*, *Mellaria*, *Carteia*, *Barbesula*, *Salduba*, *Suel*, *Malaca*, *Maenuba*, *Sexi*, *Selambina*, *Abdara*, *Murgi* (en la Bética) y *Urci* y *Baria*, en la Cartaginense (*N.H.*, III, 19). Mela (II, 94) cita prácticamente las mismas, y Ptolomeo (II, 4, 7) sitúa en el mar ibérico a *Barbesola*, *Suel*, *Malaka*, *Manoba*, *Sex* y *Selambina*.

interior, lo que sin duda determinó la distribución territorial de turdetanos, bastetanos y bástulo-púnicos. Como consecuencia, las divergencias en el registro arqueológico de estas regiones son patentes (Chapa y Pereira, 1994). Mayores dificultades de delimitación presenta el territorio bástulo occidental, es decir, el litoral entre la desembocadura del *Anas* y las Columnas de Heracles, pues su población se atribuye a bástulos y túrdulos (en Plinio, *N.H.*, III, 8, 19). *Oppida* como *Onuba*, *Ilipla*, *Nabrissa* o *Hasta Regia*, yacimientos como Aljaraque (Huelva) y La Tiñosa (Lepe, Huelva), y cecas púnicas como *Olontigi* (Azncázar, Sevilla) e *Ituci* (Tejada la Nueva, Huelva), muestran síntomas de la profunda punicización de estas comarcas, un proceso relacionado sin duda con su vinculación económica y política a *Gadir* y al "Círculo del Estrecho" (Ferrer, 1998).

Otra región que presenta problemas interpretativos en lo que se refiere a su adscripción étnica y cultural es el extremo sureste de Iberia. Las interpretaciones más recientes establecen que Villaricos es un puerto de comercio púnico con una evidente presencia cartaginesa, es decir, una colonia encargada de la redistribución de cerámicas y productos griegos por las hoyas intrabéticas y la Alta Andalucía. No obstante, tenía una proyección marítima y su radio de acción terrestre sólo afectaba a su entorno inmediato, de manera que el comercio con el interior estaba en manos de los bastetanos, quienes incluso mantenían una comunidad en el propio puerto, según dejan ver los ajuares de la necrópolis bariense (Chapa *et alii*, 1993; Chapa y Pereira, 1994).

La principal objeción que planteamos a esta interpretación es la disfunción de *Baria* como colonia, e incluso como *port of trade*, pues, aunque su origen es colonial, siglos después de su fundación como tal había experimentado el mismo proceso de formación estatal (una *polis* en versión púnica) que otras comunidades como *Gadir*, *Suel*, *Mainobora* o *Sixo*. Su relación con Cartago fue, no obstante, muy estrecha, como pusieron de manifiesto los episodios de la segunda Guerra Púnica y como deja ver el registro funerario, pero es difícil atribuir a Cartago el papel metropolitano que no tuvo en otras regiones como Sicilia o el norte de África.

El proceso formativo estatal al que hemos hecho referencia conllevó sin duda la creación de un territorio propio, sólo intuido hasta hace poco por la identificación de una ceca púnica dependiente de *Baria* en el

alto valle del Almanzora: *Tagilit* (Alfaro 1993 a y b; Ferrer 1998). En este sentido, las más recientes investigaciones llevadas a cabo en los valles de los ríos Almanzora y Antas han sido bastante clarificadoras. Desde el siglo VI a.C. se produjo una reestructuración del territorio de *Baria*: abandono de algunos asentamientos fenicios, aparición de otros nuevos, continuidad de otros tantos, y consolidación de algunos hasta convertirse en centros urbanos. Es el momento de apogeo de Villaricos por la explotación de las minas, y de la penetración hacia el interior mediante el establecimiento de *Tagilit* en la Muela o Cerro del Ajo, fundación que se puede entender como un mecanismo de control de la extracción de minerales de Fe, Cu y Pb de las minas locales, y de las rutas hacia la Hoya de Baza y el distrito minero de Sierra Morena, sin olvidar otros factores económicos como el comercio y la explotación agrícola del valle. Durante los siglos V y IV a.C. se llevó a cabo una intensificación del poblamiento en la depresión de Vera, sobre todo en la desembocadura de los ríos, y en los cursos medio y alto del Almanzora, un proceso que presenta síntomas de continuidad en el siglo III a.C., e incluso con posterioridad (Camalich y Martín Socas, 1999).

También se ha señalado que la temprana interacción entre el escaso sustrato autóctono y las poblaciones orientales desde el siglo VIII a.C. y la fuerte implantación púnica en la depresión de Vera y en el interior del valle del Almanzora en siglos posteriores impidieron el "desarrollo paralelo de las poblaciones autóctonas, lo que va a explicar que aquí el sustrato que se va a romanizar no sea ibérico sino de origen semita" (Camalich y Martín Socas, 1999). Este planteamiento supone un cambio sensible en la interpretación de la función de *Baria* como *port of trade* (en el sentido primigenio de Polanyi y otros, 1976 [1957]), pues es incompatible la idea de "puerto de comercio" ubicado en un territorio indígena, con la de la expansión de tal puerto -constituido en estado- hacia el interior, y con la inexistencia de una metrópoli. Villaricos sí es un puerto comercial, esto es, donde se realizan intercambios, pero no es un *port of trade* propiamente dicho.

#### IV. INTERACCIÓN ENTRE BASTETANOS Y BÁSTULO-PÚNICOS: LA EVIDENCIA FUNERARIA

Consecuentemente la interacción entre bastetanos y bástulo-púnicos ha de ser leída en claves muy diferen-

tes. La aplicación del Modelo Complejo de Interacción<sup>5</sup> en el sureste de Iberia obliga a valorar a Villaricos como un puerto de comercio –con un impacto territorial muy limitado– a través del cual los colonos de origen púnico canalizarían los recursos y excedentes producidos por el mundo ibérico del interior; este comercio sería controlado por las aristocracias locales, quienes “dirigían los canales de aprovisionamiento y comercialización de recursos, iniciándose una fase de acumulación de riqueza visible tanto en necrópolis como en santuarios” (Chapa *et alii* 1993, p. 418).

No obstante, la temprana expansión de *Baria* hacia el interior, la fundación de *Tagilit* y de otros asentamientos menores con funciones diversificadas, pero entre ellas el control de las rutas hacia las hoyas granadinas y Sierra Morena (Camalich y Martín Socas, 1999), conceden más crédito a la idea de un impacto territorial de *Baria* mayor del reconocido, y evidencian que tanto el control del comercio como el de los canales de distribución debieron estar al menos pactados entre las aristocracias bastetanas y el estado bástulo-púnico, de ahí la presencia física de una comunidad bastetana en Villaricos desde el siglo IV a.C.

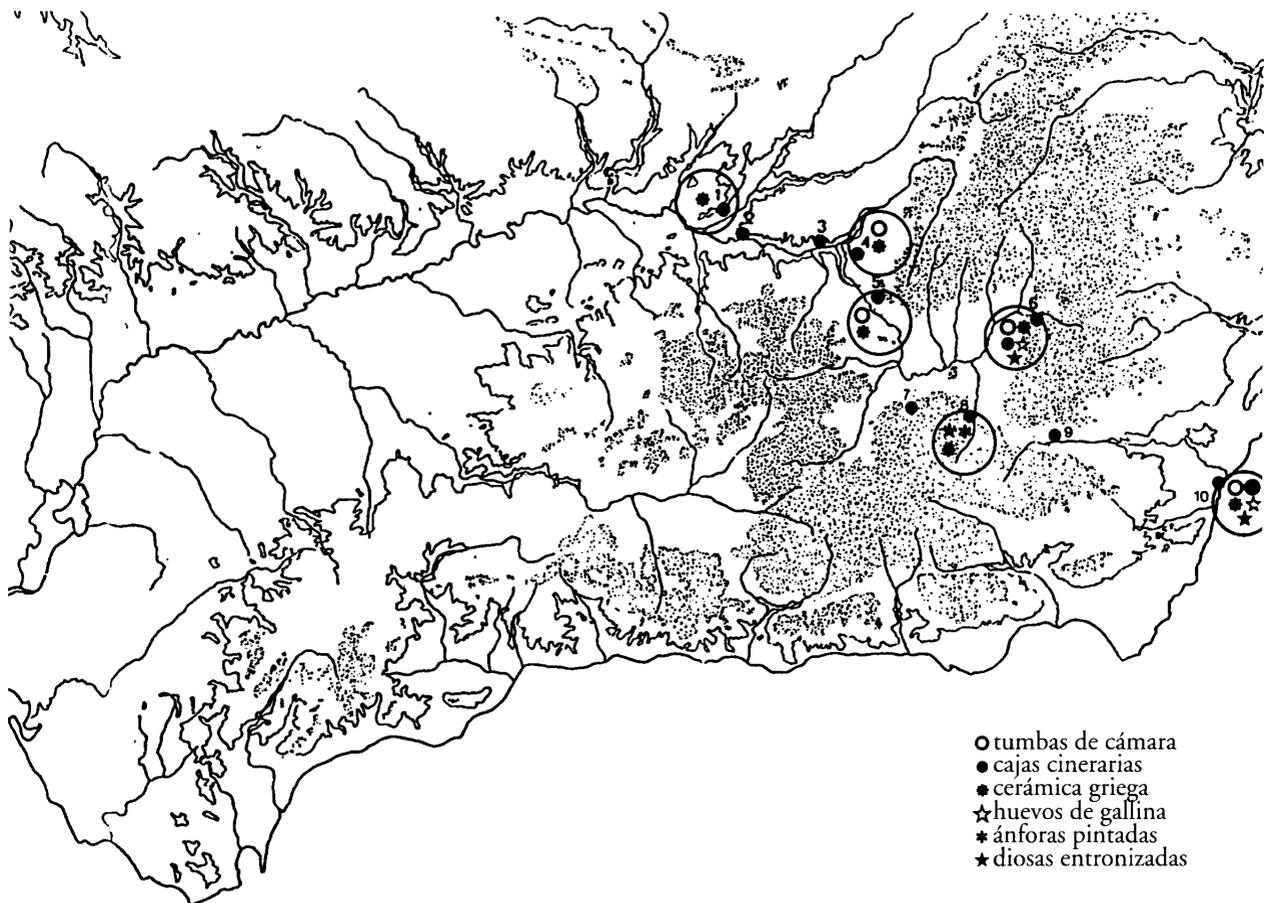


Figura 6. Interacción entre bastetanos y bástulo-púnicos a través del registro arqueológico funerario. 1: Cástulo; 2: Puente del Obispo; 3: Úbeda la Vieja; 4: Toya; 5: Castellones de Céal; 6: Galera; 7: Gor; 8: Baza; 9: *Tagilit*; 10: *Baria*.

<sup>5</sup> El *Complex Interaction Model* se crea como contraposición al modelo *Centro-Periferia*, según el cual el comercio con los pueblos mediterráneos es el motor del cambio estructural de las sociedades indígenas. La nueva propuesta resta importancia al comercio como agente del cambio y prima el desarrollo de las comunidades indígenas como paso previo al establecimiento de relaciones comerciales, un desarrollo socioeconómico

suficiente como para permitir una producción excedentaria y la diversificación de los papeles económicos que los intercambios implican, concediendo un papel predominante a las comunidades indígenas en el intercambio y en la distribución de productos mediterráneos dentro de sus propias comunidades, y al puerto de comercio como vehículo que canaliza estos intercambios (Gracia, 1995).

La interacción entre ambas comunidades, como han señalado algunos autores (Pereira, 1987; Chapa y otros, 1993; Chapa y Pereira, 1994), es patente en el registro funerario, pero en sentido inverso al que estos mismos autores interpretan. Los tres *ítems* utilizados para caracterizar esta interacción son las tumbas de cámara, las cajas funerarias de piedra (Almagro-Gorbea, 1982; Madrigal, 1994) y la cerámica griega (Chapa y otros, 1993), a los que habría que añadir determinados tipos de recipientes cerámicos (ánforas con decoración pintada, recipientes cerámicos que imitan huevos de avestruz), ciertos elementos del ajuar funerario como los huevos de gallina y las esculturas de diosas entronizadas (Ferrer, 1995).

Valorando todos estos elementos del registro funerario en su contexto se puede observar cómo, desde el punto de vista espacial, la dispersión de los mismos indica que los centros más cercanos a *Tagilit* y *Baria* reciben las influencias más intensas: en la necrópolis de Galera aparecen todos estos *ítems*; en Castellones de Céal, cuatro, en Baza y en Toya, tres, y en las necrópolis oretanas, como Cástulo, sólo adoptan uno de ellos, la cerámica ática (fig. 6).

Si valoramos la coordenada temporal, la datación de todos los elementos nunca supera la últimas décadas del siglo V –casi todos aparecen en la primera mitad del IV a.C.–, la misma secuencia arqueológica que la cerámica ática. Esta cronología coincide además con la revitalización del área bastetana a principios del siglo IV a.C., manifestada, por ejemplo, en la repoblación del asentamiento de Castellones de Céal, a la que creemos que no es ajena el dinamismo promocionado por el tránsito de las rutas de las minas. El distrito minero castulonense era la meta de esta ruta, por cuyo control y explotación las aristocracias de los *oppida* bastetanos debieron establecer acuerdos y pactos con los bástulo-púnicos, para facilitar el tránsito de mercancías y obtener por ello derechos de paso, que produjeron el enriquecimiento de las elites, proceso visible en el enriquecimiento de los ajuares funerarios.

La razón última de la reactivación de esta ruta pudo estar en el interés de *Baria*, o sea, de Cartago, en la agilización del comercio de metales, especialmente de la plata, en un momento en que la ciudad norteafricana luchaba por mantener su hegemonía en la parte occidental de Sicilia y necesitaba grandes cantidades de plata para el pago de mercenarios y abastecimientos (Huss, 1993, p. 67ss.).

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEMANY, J., 1909: “La geografía de la Península Ibérica en los textos de los escritores griegos, desde que éstos tuvieron conocimiento de aquella, hasta el siglo II a.C.”, *RevArchBiblMus*, XXI, p. 463-477.
- ALFARO ASINS, C., 1993a: “Una nueva ciudad púnica en Hispania: *TGLYT-RES PUBLICA TAGILITANA*, Tíjola (Almería)”, *AEspA*, 66, p. 229-243.
- ALFARO ASINS, C., 1993b: “Tagilit, nueva ceca púnica en la provincia de Almería”, *Homenatge al Dr. Villaronga. Acta Numimàtica*, 21-22-23, p. 133-146.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1982: “Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación socio-cultural y la delimitación del área cultural ibérica de los bastetanos”, *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, p. 249-258.
- ARTEAGA MATUTE, O., 1990: “La formación del mundo púnico”, *Historia de España*, Barcelona, p. 456-469.
- ARTEAGA MATUTE, O., 1994: “La Liga Púnico Gaditana. Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa, en el mundo mediterráneo”, *Cartago, Gadir, Ebuso y la influencia púnica en los territorios hispanos. Trabajos del MAI*, 33, Ibiza, p. 25-58.
- ARTEAGA MATUTE, O., 2001: “La emergencia de la “polis” en el mundo púnico occidental”, *Protohistoria de la Península Ibérica*, Barcelona, p. 217-282.
- AUBET SEMMLER, M<sup>a</sup>. E., 1994: *Tiro y las colonias fenicias de Occidente* (edición ampliada y puesta al día), Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M<sup>a</sup>. E., Coord., 1997: *Los fenicios en Málaga*, Málaga.
- CAMALICH, M<sup>a</sup>. D. y MARTÍN SOCAS, D., 1999: *El territorio almeriense desde los inicios de la producción hasta finales de la Antigüedad. Un modelo: la depresión de Vera y cuenca del río Almanzora*, Sevilla.
- CHAPA, T.; MADRIGAL, A. y PEREIRA, J., 1990: “La cámara funeraria de los Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén)”, *Verdolay*, 2, p. 81-86.
- CHAPA, T. y PEREIRA, J., 1994: “Las etnias prerromanas del sureste: problemas de su comprobación

- arqueológica”, *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, p. 89-105.
- CHAPA, T.; PEREIRA, J. y MADRIGAL, A., 1993: “Mundo ibérico y mundo púnico en la Alta Andalucía”, *1º Congreso de Arqueología Peninsular II*, Porto, p. 413-426.
- CHAPA, T.; PEREIRA, J.; MADRIGAL, A. y MAYORAL, V., 1998: *La necrópolis ibérica de los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*, Sevilla.
- CIPRÉS, P. y CRUZ ANDREOTTI, G., 1997: “El diseño de un espacio político: el ejemplo de la Península Ibérica”, Pérez, A. y Cruz Andreotti, G. (Eds.), *Los límites de la Tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, p. 119-120.
- CRUZ ANDREOTTI, G., 1995: “La Península Ibérica en los límites de la Ecúmene: el caso de Tartesos”, *Polis*, 7, p. 39-75.
- ESCACENA CARRASCO, J. L., 1992: “Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana”, *Spal*, 1, p. 321-343.
- FERRER ALBELDA, E., 1995: *Los púnicos en Iberia. Análisis historiográfico y arqueológico de la presencia púnica en el sur de la Península Ibérica* (Tesis doctoral inédita), Universidad de Sevilla.
- FERRER ALBELDA, E., 1996a: *La España Cartaginesa. Claves historiográficas para la Historia de España*, Sevilla.
- FERRER ALBELDA, E., 1996b: “Los púnicos de Iberia y la historiografía grecolatina”, *Spal*, 5, p. 115-131.
- FERRER ALBELDA, E., 1998: “Suplemento al mapa paleoetnológico de la Península Ibérica: los púnicos de Iberia”, *RSF*, XXVI, 1, p. 31-54.
- FERRER ALBELDA, E., 2000: “*Nam sunt feroces hoc libyphoenices loco: ¿libiofenicios en Iberia?*”, *Spal*, 9, p. 421-433.
- FERRER, E. y BANDERA, M<sup>a</sup>. L. DE LA, 1997: “La localización de Mastia: Un aspecto problemático de los conocimientos geográficos griegos sobre Iberia”, *Homenaje al Prof. F. Gascó*, Sevilla, p. 65-72.
- FERRER, E. y GARCÍA, F. J., 2002: “Turdetania y turdetanos: Contribución a una problemática historiográfica y arqueológica”, *Mainake*, XXIV, p. 133-151.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J., e.p.: *Los turdetanos en la Historia: Análisis de los testimonios literarios grecolatinos*, Écija.
- GARCÍA MORENO, L. A., 1989: “Turdetanos, túrdulos y tartesios. Una hipótesis”, *Homenaje a Santiago Montero. Anejos de Gerión*, II, p. 289-294.
- GARCÍA MORENO, L. A., 1993: “Mastienos y bastetanos: un problema de la etnología hispana prerromana”, *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, p. 201-211.
- GIL, J., 1986: “Recensión a M. Koch, *Tartschisch und Hispanien*, Berlín, 1984”, *Gerión*, 4, p. 378-380.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J., 1995: *Avieno y el periplo*, Écija.
- GRACIA ALONSO, F., 1995: “Consideraciones sobre la estructura de los intercambios comerciales en la cultura ibérica”, *Verdolay*, 7, p. 177-185.
- HUSS, W., 1993: *Los cartagineses*, Madrid.
- INIESTA SANMARTÍN, A., 1989: “Notas para la reconstrucción del área mastieno bastetana en el sureste peninsular”, *XIX CNA*, p. 1129-1140.
- JACOBY, F., 1968: *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, Leiden.
- LACALLE RODRÍGUEZ, R., 1996: “Ensayo de definición arqueológica de las etnias prerromanas de Andalucía”, *Spal*, 5, p. 165-186.
- MADRIGAL BELINCHÓN, A., 1994: “Cajas funerarias ibéricas de piedra en Andalucía oriental”, *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, p. 113-120.
- MARTÍN RUIZ, J. A., 1995: *Catálogo documental de Los Fenicios en Andalucía*, Sevilla.
- MORET, P., 2002: “Mastia Tarseion y el problema geográfico del segundo tratado entre Cartago y Roma”, *Mainake*, XXIV, p. 257-276.
- PASTOR, M., CARRASCO, J. y PACHÓN, J. A., 1992: “Paleoetnología de Andalucía Oriental (Etnogeografía)”, *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3, p. 119-136.
- PEREIRA SIESO, J., 1987: “Las necrópolis ibéricas de la Alta Andalucía”, *Iberos*, Jaén, p. 257-272.
- POLANYI, K., ARENSBERG, C. M. y PEARSON, H.W., 1976: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona.
- RODRÍGUEZ OLIVA, P., 1981: “*Municipium Suelcitanum* 1ª parte: fuentes literarias y hallazgos epigráficos y numismáticos”, *Arqueología de Andalucía oriental: siete estudios*, Málaga, p. 49-71.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M., 1992: *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona.
- VILLAR, F., 1995: “Los nombres de Tartesos”, *Habis*, 26, p. 243-270.